

un trabajo de investigación local, el libro de U. Espinosa es el resultado preciso de esa interacción, lo que, a nuestro entender, convierte el producto en un modelo.

JUAN MANUEL ABASCAL

*Calahorra*. Bimilenario de su fundación. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 1984, 443 pp. + láms. ISBN: 84-505-0863-0.

Después de Mérida, Caesaraugusta, Segovia, Lugo (y no sé si alguno más), ahora le ha tocado el turno a Calahorra (Calagurris Iulia Nassica) celebrar un bimilenario que —como casi todos— es más o menos dudoso en su precisión cronológica. Pero el detalle cronológico no importa tanto si lo que resulta es un conjunto de estudios que monográficamente se dedican a la ciudad en sus aspectos arqueológicos o históricos. Los bimilenarios son pues un pretexto útil a priori. Y como tal sean bienvenidos. Sin embargo, he dicho a priori, porque no siempre los resultados son útiles o satisfactorios. Esto es lo que sucede con el volumen que comentamos.

Como todo libro escrito por varios autores, o como todo congreso de adscripción abierta (o semiabierta), su contenido suele ser muy desigual. En *Calahorra. Bimilenario de su fundación*, se observan fundamentalmente dos tipos de contribuciones netamente diferenciadas: por una parte, la participación (probablemente motivada por razón de la cercanía geográfica y los intereses de investigación arqueológica comunes) de los componentes del Departamento de Arqueología de la Universidad de Zaragoza; y por otra la integrada por la colaboración del profesor Antonino González (hoy catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Murcia) y los componentes de su equipo.

La primera —dejando a un lado la penetrante aportación del profesor Maluquer (Barcelona)— constituye un todo homogéneo, de interés y rigor metodológico, con trabajos de Antonio Beltrán, Pilar Galve y Sebastián Andrés (Numismática); M. Martín Bueno y M. L. C. R. de Arellano (Arqueología Clásica de la región); A. Mostalac (Pintura romana de C.); José A. Lasheras (Mosaicos); M. Beltrán (Relaciones entre C. y Celsa); María Teresa Amare y María C. Aguarol (Cerámica); María Angeles Hernández (Bronce) y A. Villacampa (Fuentes escritas). En estas 190 páginas se encuentra el intento más serio de definir la cultura material de un municipio como *Calagurris* con resultados satisfactorios y aceptables dentro de las exigencias científicas del método arqueológico. Si hubiera de destacar algún trabajo de entre ellos lo haría del de M. Beltrán, *Ludus Calagurritanus*: Relaciones entre el *municipium Calagurris Iulia* y la colonia *Victrix Iulia Celsa* (pp. 129-139, estudio de una vasija de paredes finas con decoración de escena gladiatoria e inscripción) y el de A. Mostalac, Notas para el estudio de la pintura mural romana de Calahorra, pp. 93-121, excelente en su descripción, planteamiento, dibujos y análisis, pero que requiere ahora una rectificación a su nota I, en la que se echa de menos la existencia de «una obra que abarque el estudio de la pintura mural romana en España» (p. 93): el magnífico libro de Lorenzo Abad Casal *Pintura romana en España*, Alicante-Sevilla, 1982 (2 volúmenes), que Mostalac debía de conocer al menos en curso de edición, cubre ampliamente este vacío en la investigación arqueológica española y es ya un punto de referencia indispensable. Resulta obvia una descoordinación (consciente o inconsciente) entre nuestros arqueólogos.

De la segunda parte del libro, sin embargo, no puedo decir lo mismo. Aunque, una vez más el calificativo pueda parecer duro y pueda hacer pensar que es despiadado, intolerante o vanidoso, no puedo por menos de subrayar que esta segunda parte, especialmente las páginas 217-264 y 273-350 (véase *infra*) del libro que comento es sencillamente aberrante. Un mínimo de seriedad hubiera impedido su publicación. Me explicaré.

Todo el espíritu que anima los trabajos que en las citadas páginas se hacen está presidido por dos ideas categóricas expresadas por Antonino González en la página 237, nota 32: «Creemos que ha llegado la hora de acabar con la discusión sobre la patria de Prudencio. Las razones que inclinan el juicio en favor de Calahorra como ciudad natal son tan fuertes que moralmente no puede haber duda razonable al respecto». Y un poco más adelante: «Aceptamos igualmente que Prudencio escribió su obra en Calahorra y allí la publicó. Y por lo mismo estimamos que la obra de Prudencio es un documento excepcional para asomarnos a la vida y problemas del Valle del Ebro y muy en particular de Calahorra en estos años de tránsito del siglo IV al V» (subrayado mío). Es en este espíritu en el que se han escrito las ponencias del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Murcia que integran la segunda parte del volumen y las propias del profesor González (*cf.* p. 237, nota 32). De este modo y con este presupuesto la obra de Prudencio sirve a J. F. Jordán Maites para señalar la pervivencia del paganismo en la Calahorra de comienzos del siglo V (pp. 247 y ss.), haciendo una extensa catalogación de todos los dioses que aparecen citados en los diversos poemas; para estudiar la educación en Prudencio (Antonio Pomares, pp. 259 y ss), donde se afirma que «la obra de Prudencio refleja a un determinado tipo de hombre de todo el Valle del Ebro» (!) (p. 264); el ascetismo de la Calahorra de Prudencio (Yelo Templado, pp. 273 ss.). La agricultura y la alimentación en la Calahorra del siglo IV (María Eulalia Santos, pp. 277 ss.) surge como por encanto de todas las menciones que la obra de Prudencio contiene referidas al mundo agrícola: si el autor usa la palabra *frumentum* dos veces y vocablos semejantes otras tantas, ello significa, defiende la autora, la existencia de una economía cerealista en Calahorra que concurre con una serie de cultivos de huerta porque Prudencio cita dos veces el ajo (*allium*), la legumbre (*legumen*) y el puerro (*porrus!*) (p. 279). Ahora bien, las conclusiones increíbles de este trabajo no terminan ahí: si Prudencio recomienda la frugalidad en el ayuno o la abstinencia en el sentido cristiano, ello es debido —se nos dice— a una crisis de la agricultura en el siglo IV (p. 282). Y así sucesivamente las ponencias de la Universidad de Murcia pasan revista al vocabulario del poeta para determinar la vida cotidiana en la Calahorra cristiana: la casa y sus problemas (A. Guerrero, pp. 283 ss.), donde leemos que: «La seguridad personal fue una necesidad compartida en el mundo romano —y por ello también en Calahorra— como lo evidencia el extensivo tratamiento de la zona de acceso a la *domus* y la amplia terminología del sistema de cierre que utiliza Prudencio» (p. 289). Si cantaban o no los calagurritanos en la antigüedad es objeto de una curiosa y sorprendente disertación de Pilar Villalta («¿Cantaban los calagurritanos en la antigüedad?», pp. 291 ss.) para concluir que —cómo no— Calahorra era «un taller de canciones» (p. 297) (!), o finalmente se pretende reconstruir «la organización de la enseñanza en la Calahorra romana a través de los datos biográficos de M. F. Quintiliano y de A. Prudencio» (pp. 311 ss.), cuando, ¡menos mal!, se reconoce que tanto Quintiliano como Prudencio se educaron... en Roma (pp. 312 y 315). Pero ¿para qué seguir? Es tal el cúmulo de barbaridades expresadas en estas páginas, tal el desenfoque metodológico, tan enorme la ignorancia de la filología clásica y sus métodos o de la historia

antigua, que el lector por sí solo, razonablemente, no podrá por menos que abandonar. O lo que es peor: todos estos trabajos son demostrativos una vez más de uno de los más antiguos y graves inconvenientes de la investigación en historia antigua en este país: su localismo corto, su patrioterismo barato, su incorregible ignorancia y su presunción sin límites totalmente acientífica (o mejor, anticientífica).

El lector especialista no tendrá necesidad de leer las razones que se pueden aducir para demostrar los fundamentos de mis críticas.

Por ello me extenderé a continuación en unos cuantos razonamientos que fundamentan mis afirmaciones.

Primero: No creo que haya llegado ya la hora de acabar con la discusión sobre la patria de Prudencio (p. 237, nota 32) y mucho menos si el que la cierra es el profesor A. González y lo hace de esta manera. A él —como a cualquiera— le pueden convencer los argumentos de I. Lana (*Due capitoli prudenziani*), pero no son ni mucho menos decisivos. Yo tengo escrito en otro lugar: «Los argumentos normalmente aducidos para conocer la patria de Prudencio basados en Perist. IV, 31 (*nostra Calagurris*) y Perist. IV, 1 (*Noster populus*, hablando de Caesaraugusta) no parecen totalmente convincentes desde el momento en que Ch. Witke ha demostrado que estas expresiones tienen un carácter retórico y didáctico según la tradición cristiana iniciada principalmente con San Pablo: «Prudentius through the body of his hymn (el Peristephanon) remains the poet of *noster populus*...», confróntese, *Numen Literarum. The Old and New in Latin poetry from Constantine to Gregory the Great*. Mittellateinische Studien und Texte. Leiden, 1971, p. 136 (J. Arce, *Emerita*, XLIV, 1976, p. 131, nota 1). Desde la perspectiva del conocimiento interno y filológico de la obra de Prudencio estas expresiones no son indicativas ni de su origen ni de su patria. Prudencio, *poeta christianus*, se sitúa como tradicionalmente ocurre en la «literatura pastoral», como el que habla comunitariamente al pueblo cristiano: nuestra ciudad, nuestra Calahorra, nuestra Caesaraugusta... Dejemos simplemente las cosas como están: Prudencio nació en el 348 en la Hispania Tarraconense probablemente (praef. 24-25 y PLRE, p. 214)... y nada más.

Segundo: El testimonio de Prudencio no sirve ni puede ser utilizado como elemento para conocer la Calahorra del siglo IV d. C. Decir lo contrario, o tratar de hacer lo contrario, es sencillamente ignorar completamente el significado, el sentido y la estructura de la poesía prudenciana. Primero porque es ya hora de que nos olvidemos de exaltaciones ridículas o banalidades: Prudencio es un poeta romano, del Imperio romano, de la escuela retórica romana que no tiene nada que ver ni con Calahorra, ni con España, ni con las lucubraciones de la escuela de historia Antigua de Murcia. Como Nonno no tiene nada que ver con su ciudad natal de Panopolis en Egipto o Claudiano nada que ver con Alejandría, la poesía de Prudencio es un producto de laboratorio (Schanz-Hosius, 4, 1, 248, «Produkt der Studierstube») destinada rigurosamente a combatir (en esto estoy de acuerdo con F. Paschoud, *Roma Aeterna*, p. 223) la ideología pagana del medio en el que se movió y para el que escribió: el mundo de la Roma de su tiempo o los tratados de los portavoces del paganismo (por ejemplo, el Contra Simmaco). Recomendaría, entre tantas cosas que se me ocurren, al profesor Antonino y a su equipo murciano, leer atentamente primero a Prudencio y a sus antecedentes literarios; después, por ejemplo, los capítulos de Alan Cameron «Techniques of the poet» y «Doctus poeta» en su *Claudian*, Oxford, 1970, o el capítulo de E. Auerbach sobre el «sermo humilis», en *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barral, Barcelona, 1969, o el libro entero de E. Robert Curtius, *Literatura europea y edad media latina*,

México, FCE, 1955, o el citado (espléndido) estudio de Witke. Les recomiendo igualmente usar la edición de Prudencio de Cunningham en el *Corpus Chiritianorum* y no la de I. Rodríguez de la BAC. Y en fin, olvidarse un poco de que hay que hacer patria con Calahorra en la antigüedad. Calagurris era en el siglo IV una pequeña ciudad sin mucho interés, no muy acogedora, llena de barro y mugre, con una reducida actividad en su comunidad cristiana no muy numerosa, donde se cantaba efectivamente, y donde había casas y agricultores. Pero para saberlo no es necesario leer a Prudencio.

En definitiva: el prestigio de nuestra historia antigua no se ve nada favorecido con publicaciones de este tipo. Y los responsables de tales publicaciones deberían ser más competentes. El dinero público es una cosa muy seria.

JAVIER ARCE

*Cadastres et espace rural, approches et realites antiques*. Table ronde de Besançon, mai 1980, Publié sous la direction de Monique Clavel-Lévêque, Paris, 1983. 356 pp.

L'entreprise dont les résultats sont exposés dans cet ouvrage, est née d'une réflexion sur les cadastres du monde colonial. Son propos, qui débord largement le cadre géographique méditerranéen, est de développer une approche scientifique rigoureuse devant déboucher sur une validation des résultats. Le livre s'articule selon trois grandes orientations: un état de l'étude des sources antiques, puis une réflexion théorique et méthodologique, enfin, les premiers résultats d'une série de travaux en cours.

Longtemps, le point d'appui essentiel du chercheur a été le document écrit, qu'il s'agisse de traités de cadastration ou de sources épigraphiques. Cet aspect de la question n'a donc pas été négligé. L. Toneatto montre dans sa contribution que le *Corpus Agrimensorum* offre encore un champ d'activité prometteur. De son côté, G. Chouquer reprend l'étude du fameux cadastre d'Orange, naguères analysé par A. Piganiol, en éclairant d'un jour nouveau l'ensemble des problèmes suscités par l'établissement d'une centuriation en terre indigène. J.-P. Vallat se livre à une approche similaire à l'égard de la Campanie, dont il replace la cadastration dans le contexte historique.

Mais, et c'est un des mérites de cette entreprise, les méthodes plus récentes sont également mises à contribution, avec d'autant plus de profit lorsqu'on ne peut s'appuyer sur des sources écrites. Dans le Biterrois, Monique Clavel-Lévêque met ainsi en évidence d'une part l'existence autour de l'antique établissement grec d'*Agathè* d'une *chôra*, et d'autre part, la superposition de deux cadastres différents. Un travail analogue est fait par J. L. Fiches et J. Soyer dans la région de Nîmes. On retiendra enfin l'intéressante contribution de J.-G. Gorges, sur les centuriations autour d'Elche et de Merida, en Espagne.

Dans un domaine plus théorique, notons les travaux de F. Favory et G. Chouquer. Le premier se livre à une très utile entreprise de modélisation des cadastres, englobant aussi bien ceux du monde méditerranéen que ceux du reste de l'Europe. De son côté, G. Chouquer s'intéresse à un aspect original de la question: les mécanismes de dégradation des cadastres, pour lesquels il propose une terminologie.